



Julio DOSSIER
CORTÁZAR
otra vuelta al día

“Continuidad de los parques”, metáfora de la lectura

Jorge Lozano

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sordida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a

anoecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Este relato breve de Julio Cortázar mereció, hace décadas, un bello análisis de Greimas en su texto “Una mano, una mejilla”, publicado en *Revista de Occidente* en 1988. Se trataba de una disquisición sobre lo sensible, lo estésico.

No podría osar hacer un análisis, tras el de Greimas, pero sí puedo, teniendo en cuenta este texto, hacer unas consideraciones, sea sobre Cortázar, sea sobre Greimas, acerca de lo que considero una excelente metáfora de la lectura, del mismo modo que “La figura de la alfombra” de Henry James fue, para Todorov, una excelente metáfora del secreto.

Si así fuere, “Continuidad de los parques” deja claro, como subraya Greimas, que el comienzo (“había empezado a leer la novela unos días antes”) y el final (“la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela”), circularmente, coinciden, son un eco, y podríamos decir que marcan el perímetro de una semiosfera, aquel espacio semiótico, fuera del cual no hay semiosis, como sostendrían Lotman y la semiótica de la cultura.

El título de un texto, en este caso “*Continuidad de los parques*” es, para Genette un paratexto, o incluso un peritexto; para Umberto Eco un metasenema. Fuere lo que fuere, el título actúa como posología.

“Continuidad de los parques” sugiere la permanencia, la ausencia de discontinuidad, la no ruptura de un espacio, los parques que son contiguos, dentro justamente de la semiosfera de la lectura.

El parque de los robles que se ve desde la tranquilidad del estudio, la cabaña del monte, el mundo de hojas secas, los senderos furtivos, la bruma malva del crepúsculo, la alameda que lleva a la casa, coexisten como continuidad de los parques, el del mundo del lector y el del mundo del relato.

El efecto de sentido de una primera lectura de este texto, siguiendo las instrucciones del título, hace que el lector modelo –definición con la que Eco se refiere a la estrategia textual de cooperación con el texto– perpetre una confusión de todos estos elementos: los robles, los setos, la alameda, los senderos furtivos, etc., en un mismo espacio semiótico, en la semiosfera. Con maravillosa habilidad, Julio

Cortázar consigue, mediante la continuidad de los parques, producir este sentido, es decir, abolir la frontera entre el mundo natural que otros llamarían “realidad” y el mundo de la *fiction*.

No se trata de incluir una cláusula de apertura a un mundo posible de la ficción, entonando el “érase una vez” o “érase que se era”, sino de describir, en un banal acto de lectura por un señor propietario de una finca en un estudio desde el que se puede mirar un parque, el propio acto de leer que incluye un procedimiento del aparato formal de la enunciación (Benveniste) por el cual se confunde esta instancia con el propio enunciado.

Tampoco se trata de una *mise en abîme* que gustaría a tanto crítico literario, se trata simplemente de la descripción de la posibilidad “en papier” de evitar la discontinuidad entre la instancia de la enunciación y el enunciado, la producción (lectura) del texto con el relato.

Algún lector atento, sin duda pensará también en Ítalo Calvino, por poner un solo ejemplo (*Si una noche de invierno un viajero*); habrá quien piense en tantísimas obras y no solo literarias, sino también filmicas, etc., mas, considero que este brevíssimo relato de Cortázar puede ser erigido como la más eficaz metáfora de la lectura, como ya indicábamos al principio.

Otro procedimiento semiótico pertinente a este relato es el que suele conocerse por “el texto en el texto” (Lotman). En “Continuidad de los parques” el texto dispositivo pensante necesita de un interlocutor, es decir, de otro texto. El lector leyendo la historia y la historia leída, forman, en la combinación de los dos textos, ese texto que es la lectura.

Hay quien piensa que la lectura es una operación que oscila entre la descodificación criptográfica o hermética y la interpretación que podríamos denominar exegética, sin embargo, la lectura es una estrategia textual capaz de dar sentido a algo que en principio pareciera no tenerlo.

Hace ahora cuarenta años, Umberto Eco publicaba *Lector in fabula*. El texto que analizaba era “*Un drame bien parisien*”, de Alphonse Allais, que nos presenta a una pareja: Raoul y Marguerite. Ambos reciben, un día, sendos telegramas idénticos. En el que recibe ella, se le insinúa que podrá ver a su pareja “en actitud alegre” en el “baile de los incoherentes”, al que acudirá disfrazado de templario *fin de siècle*. A él se le hace la misma insinuación, informándole de que ella acudirá al mismo sitio vestida de piragua congoleña. Los cónyuges acuden al baile de máscaras, donde había “muchas personas y más piernas”. En un momento dado, el templario y la piragua se retiran a un lugar privado, se quitan la máscara el uno al otro, y el texto dice: “no eran ni él ni ella, ni Raoul ni Marguerite”.

Fin. Se baja el telón.

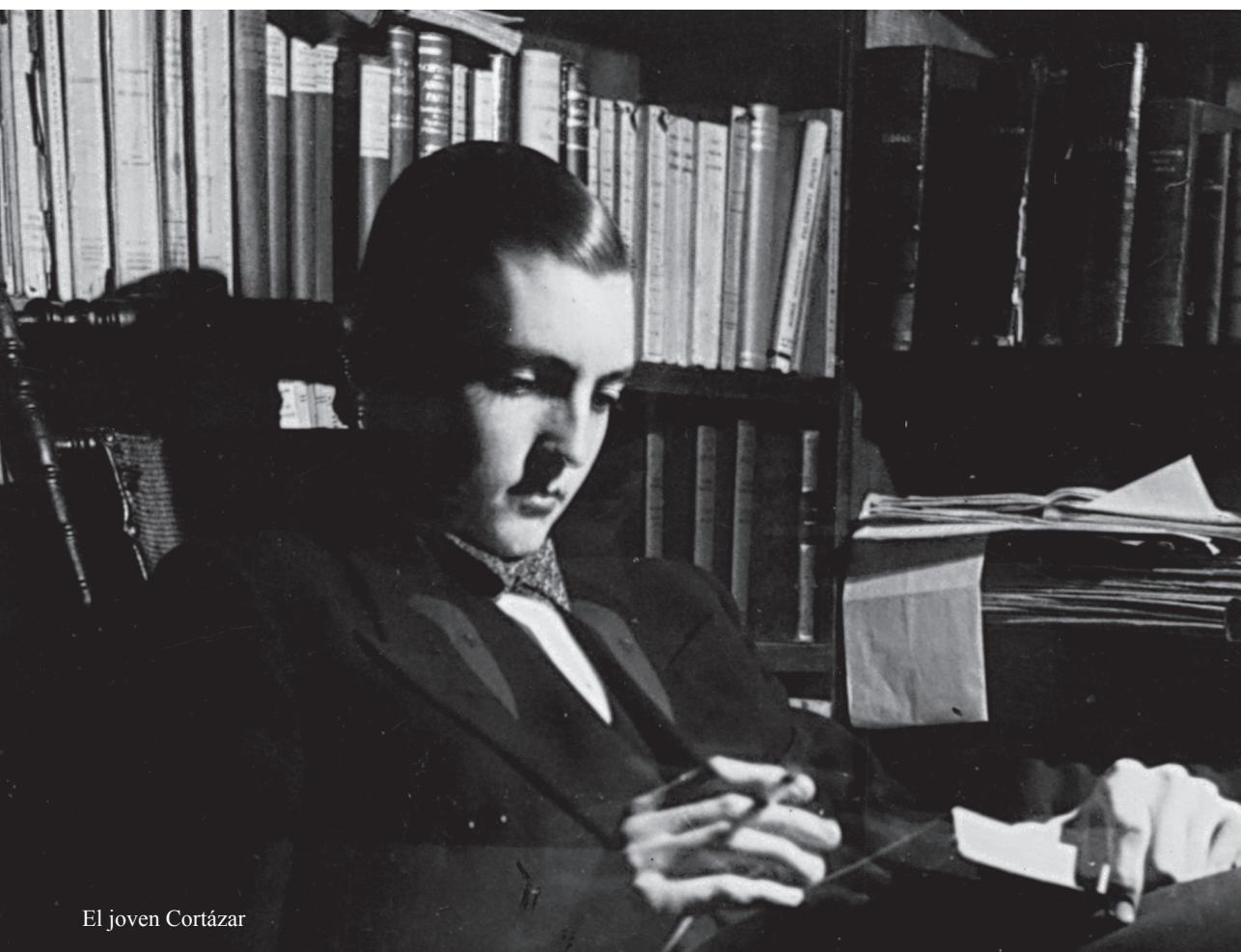
La posición de Eco es que, sin la cooperación del lector, el texto es mero *flatus vocis*. Distingue, de este modo, al lector empírico del lector modelo. El lector empírico, ante una lectura determinada, puede usar el texto como quiera y admitir infinitas lecturas, mientras que el lector modelo coopera con la estrategia textual llamada “autor” e interpreta el texto con unos límites coherentes. La interpretación

de “Un drame bien parisien” exige un lector modelo que no es el lector empírico.

Junto al extraordinario análisis que hiciera Umberto Eco, nosotros podemos sostener que solo el lenguaje puede lograr tal cosa, producir un sentido del *nonsense*. Asimismo, en “Continuidad de los parques” puede, gracias a la elegancia que siempre tuvo el autor de *Rayuela*, establecer en poquísimas líneas la continuidad de los parques, que es la continuidad de universos de sentidos en una misma semiosfera. La semiosfera de la lectura, fuera de la cual no hay semiosis.

Referencias bibliográficas:

- ALLAIS, Alphonse, “Un drame bien parisien”, *Le Chat noir*, nº 432, 26 avril 1890, pp. 1527–1528.
- ECO, Umberto, *Lector in fabula*, 1979. Bompiani, Milano.
- GREIMAS, Algirdas, Julien, “Una mano, una mejilla”. En *Revista de Occidente* nº 85, 1988, pp. 31-38
- LOTMAN, Yuri, “El texto en el texto”, En *La semiosfera* I. Cátedra. 1996, Madrid.
- TODOROV, Tzvetan “Le secret du récit: Henry James”. En *Poétique de la prose (choix) suivi de Nouvelles recherches sur le récit*. Paris: Seuil, 1980.



El joven Cortázar